

vista con dicho jefe, y llamado al intento por el cacique amigo, salió D. Diego persuadido de que se trataría de hacerle algunas proposiciones; pero viendo que solo se trataba de que se rindiesen, se irritó tanto que allí mismo dió la voz de alarma. Ibarra huyó con los suyos precipitadamente; y lo habrían seguido los indios hasta la ciudad, si no hubieran desaparecido los españoles por la velocidad de los caballos. En la ciudad no fué tanta la sorpresa que causó este suceso, á virtud del socorro de Pedro de Alvarado que esperaban pronto, y que ya venia á marchas dobles.

*Siguen los sucesos adversos en la Nueva Galicia.*

*Muerte de Pedro de Alvarado y traslación de la ciudad de Guadalajara.*

Habia tocado Pedro de Alvarado con su armada que iba destinada á Californias en el llamado hoy puerto de Navidad: allí Juan de Híjar, que se hallaba en su nueva villa de la Purificación, le dió parte de las noticias adversas que despues recibió ya mas detalladas en Zapotlan, de Juan de Villareal, el enviado de Oñate. Real dió el parte y Alvarado tuvo á fortuna haber llegado á aquellas costas en tiempo en que podia recomendarse más y proveerse de cuanto necesitase para hacer más descansada su nave-

gacion con los despojos de los pueblos rebeldes: hizo junta de guerra con su oficialidad y resolvió distribuir más de mil hombres que traía, en varios puntos de importancia, para imponer respeto á los indios, mientras destruía sus fortalezas. Con 500 hombres puso el cuartel general en Autlan, 25 puso en Etzatlan, 50 en Zapotlan, 25 en Chapala, 25 en Tonalan, 300 dejó guardando en el puerto la armada, y con los ciento restantes avanzó á la ciudad de Guadalajara. Por los pueblos del tránsito lo recibían los indios pacíficos con celebridad y regocijos públicos, dándose los parabienes principalmente los españoles, de que viniese á la pacificación del reino un sujeto de tanto nombre en todas las Américas.

Pasó Alvarado el rio por la barranca sin novedad, y luego salió Oñate con su gente y el Ayuntamiento de la ciudad á recibirlo; se le hicieron los honores de general y se le dispuso el alojamiento que merecia. Trató luego con el gobernador del principal asunto que lo habia conducido allí. A mí me parece, dijo Alvarado á Oñate, que no se debe dilatar el castigo de estos indios. *Vergüenza es que esos gatillos hayan dado tanto cuidado á V. S. y hayan hecho tanto ruido: con menos gente que la que traigo sobra pa-*

ra sujetarlos: no hay que esperar más. Esto decia Alvarado con relacion al auxilio que se le habia pedido al virey y habia ya prometido. Como este jefe tenia probado su valor en las campañas que tuvo con los indios de México, Goatemala y otras partes, le pareció que llegando el socorro de México, se le privaba á él de la gloria de vencedor de Nochistlan y del Mixton.— Se sonrojó Oñate de que Alvarado atribuyese á poca resolucion y valor no haber destruido las fortalezas de los indígenas, y con alguna incomodidad, le respondió: “No hay que tocar eso, Señor Adelantado, todos hemos hecho nuestro deber; yo he cumplido con el mio y he conocido por más de diez años de experiencia que mayor dificultad es conservar lo ganado, que descubrir y conquistar nuevas tierras. En la N. España donde V. S. ha estado, habia ciudades y pueblos grandes de indios ricos, que tenian mucho que defender; y por lo mismo se paraban á sostener los ataques en que por la debilidad de su armamento era preciso que fueran derrotados; pero en la N. Galicia, aunque haya muchos pueblos, son ménos que en la N. España, y los indios no tan ricos que les embarace la defensa de sus bienes para andar como gatillos, que si de una montaña los bajamos, se suben luego á otra sin haber perdi-

do nada. Entre tanto nos dejan estropeados y sin haber hecho presa alguna. Las familias las esconden en las quebradas de los cerros y solamente brincando como gatos, se les pueden encontrar: y despues de otras varias reflexiones, prosiguió Oñate: “V. S. desea la brevedad, tambien yo la deseo; pero hay que advertir que el tiempo en que nos hallamos no es á propósito para la guerra, porque se forman en estos valles con las aguas grandes ciénegas que embarazan las marchas y maniobras de guerra, principalmente á la caballería. Así es, que me parece mejor que descanse V. S. y aguardemos tiempo oportuno, porque solamente con su presencia estamos favorecidos.” Alvarado con resolucion replicó: que él habia de ir con su gente al Peñol de Nochistlan aunque no lo acompañase soldado alguno de la ciudad; que en cuatro dias queria pacificar la tierra, por convenirle así para seguir su viaje á las Californias. Esto averhonzó demasiado al gobernador Oñate, y despues de grandes debates entre los jefes y las tropas, se resolvió que el gobernador se quedase guardando la ciudad con su gente, y que el Adelantado con la suya fuese á atacar la fortaleza del Peñol de Nochistlan. Ya al salir Alvarado, oyó decir á Oñate: ¡Cuánto temo suceda una des-

*gracia ó desastre por no aguardar mejor tiempo!* y ya impaciente contestó hablando á sus soldados: *la suerte está echada: á marchar, amigos; cada uno haga su deber, pues á esto venimos.* Oñate hizo las protestas correspondientes sobre una resolución tan violenta y dispuso á sus soldados para el socorro que tenia por indefectible se habia de ver en la necesidad de dar.

La vanidad arrogante de Alvarado lo precipitó á buscar su última ruina; y aunque no le vino inmediatamente del combate que tuvo con los indígenas, ignorando los caminos y los peligros que se encuentran en las travesías, fueron éstos suficientes para humillarlo: salió Alvarado y su corta division para Nochistlan, en donde entonces estaba la mayor reunion de los indios; llegó y reconoció con la mayor atencion el fuerte, lo encontró amurallado y defendido con siete albarradas ó potreros, y acercándose á ellos desmontó del caballo y dijo: *esto ha de ser así,* y comenzó á quitar piedras para abrir brecha. Los demás soldados lo siguieron haciendo lo mismo: los indios no les dieron lugar para tanto como deseaban y vinieron sobre ellos. A pesar de que los españoles los atacaran con rodela y espada en mano y con el fuego competente para rechazarlos, fué tanta la piedra manual que les dis-

paraban con las hondas, que á no retirarse Alvarado quedara cubierto con toda su gente, pues sólo con la primera descarga destruyeron la primera albarrada. Mientras unos indios les disparaban una nube de piedras y de flechas, otros bajaban del Peñol á cortarles la retirada.

Puestos los indígenas á proporcionadas distancias formaron una media luna en que ya tenian envueltos á sus enemigos; pero Alvarado, desesperado en el peligro, rompió el sitio y dió orden de retirada. Cada paso que daban los castellanos era un riesgo, porque ayudados los indios de las quiebras del terreno, ciénegas y montes de nopales y magueyes, envolvieron á algunos españoles que murieron desastrosamente. Alvarado con los demás escapó solamente á favor de la velocidad de los caballos. Esta fuga precipitada hecha con bastante pérdida, fué el resultado de la temeridad de Alvarado en atacar con tan poca gente y en tiempo inoportuno á una reunion formidable de guerreros decididos á vencer ó morir. Pero ya se acercaba su última ruina.

Los indios, viendo á los españoles acobardados, los siguieron, aunque con la cautela que exijia el armamento tan ventajoso que aquellos tenian. El Adelantado pié á tierra hacia frente al enemigo

mientras avanzaban los demas, que á su vez hacian lo mismo para que él pudiera reunirse á los otros. Con este orden se hacia la retirada, cuando llegaron los españoles á una quiebra que hace la sierra á tres leguas de Nochistlan, que hoy llamamos las Huertás, y al subir la cuesta para Yahualica sucedió la catástrofe fatal con que el cielo quiso humillar al coloso. Caminaba Alvarado tras de un soldado llamado Baltasar Montoya, éste picaba demasiado al caballo porque le parecia que lo alcanzaban los indios: le hacia instancia Alvarado á que se sosegase y anduviese despacio; pero como el miedo no permitia á Montoya detenerse, siguió como ántes, y yéndosele los pies al caballo por la cuesta, ya rodando solamente el bruto, se llevó consigo á Pedro de Alvarado, dándole tantos golpes hasta el plano de la cuesta, que lo dejó sin movimiento. Volvieron los soldados españoles á su socorro y lo creyeron muerto; pero despues de algunas diligencias conocieron que solo estaba desmayado. Volvió del letargo y les dijo que tomase uno su cascaca y baston para imponer respeto á los enemigos que aún no dejaban de seguir el alcance; pero siendo éstos ya pocos en número, se retiraron con los demas á celebrar, como era regular hacerlo, el triunfo conseguido.

Luego dispusieron los españoles un pavez ó parihuela para conducir en hombros á su jefe, que preguntado ¿qué le dolia? respondió: "*el alma: llevadme á donde la cure con la penitencia: lo sucedido ya no tiene remedio, esto merece quien se junta con tales hombres como Montoya.*" Lo condujeron luego al pueblo de Atenguillo y reconocieron habersele quebrado algunos huesos, por lo que luego se creyó incurable su mal. Oñate, que temeroso del fatal resultado en la accion con los indios, habia salido con algunos de los soldados de la ciudad, habia observado desde un montecillo que domina al pueblo de Yahualica, la retirada de los españoles, y sabedor de la desgracia de Alvarado, se apresuró á llegar al pueblo de Atenguillo: su sorpresa fué extraordinaria al saber que habian muerto más de treinta españoles y que el general no tenia remedio, que moriria sin duda alguna. Puesto en su presencia se vieron ambos sin poder hablar una palabra, sofocados del dolor: Oñate le echó los brazos y Alvarado prorrumpió: *¿Qué remedio hay amigos? Curar el alma es lo que conviene. Yo tuve la culpa en no creer á quien conocia mejor que yo la gente y el terreno. Yo me siento muy malo y pido por Dios me lleven á la ciudad para disponerme á morir.*

La contestacion de Oñate fué igualmente tierna, ofreciéndole cuanto valia para consolarlo, y se adelantó á la ciudad á disponer lo necesario para la curacion y consuelo del enfermo, despues de haber dado las órdenes convenientes para su conduccion. Encontró ya saliendo de la ciudad al Br. D. Bartolo Estrada, que le iba á administrar los auxilios espirituales, y solamente le encargó Oñate la brevedad; pero como los conductores de Alvarado violentaron lo posible la marcha, lo encontró el padre en un monte de pinos que hasta hoy se ve una legua ántes de llegar á Tlacotan, y allí mismo lo confesó.

Luego que llegó á la ciudad el Adelantado, hizo testamento mandando entre otras cosas que su cuerpo fuese trasladado á Goatemala, donde quedaba su mujer; y al fin, despues de diez dias de mortales dolores, murió el 4 de Julio de 1541. Los jefes de los destacamentos que dejó en varios puntos de la N. Galicia, se quedaron á las órdenes del gobernador, y la armada se volvió con poca tripulacion á Goatemala. Celebren otros historiadores la memoria de éste y otros conquistadores, miéntras yo los compadezco, porque ignoro si los excesos que cometieron en la conquista de estos Estados, podrán hacer contraste seguro para sus almas con el bien que trajeron á

los indígenas con la religion verdadera, no como objeto principal de sus expediciones, sino solamente porque ellos eran católicos.

La impresion que causó la muerte de Alvarado en México y en los pueblos conquistados de N. Galicia fué extraordinaria; pero no por eso se contuvieron los demas conquistadores en provocar la venganza de los indios, y enfurecidos los bandos de una y otra parte, se empeoraron las cosas de la N. Galicia. Las fortalezas que los indios habian levantado en varios puntos se cubrieron con un número grandé de guerreros de los muchos pueblos que se levantaron, dando muerte á los encargados de las encomiendas y aun á algunos misioneros. Oñate trató de fortificar la ciudad mientras venia el socorro, que con más empeño pidió á México, y solamente destacaba una ú otra partida de descubierta para observar los movimientos del enemigo. Entre tanto que esto sucedia, llegó de México á resulta de la desgraciada muerte de Alvarado, que Oñate comunicó al virey, el capitan Juan de Monzivais con cincuenta soldados de caballería. Con ésto y las noticias de estar formando Mendoza un ejército para salir por sí mismo á destruir las fortalezas de los indígenas sublevados en la N. Galicia, se alentaron las esperanzas de

los pueblos pacíficos, que ya desfallecian y trataban de desamparar sus hogares.

Era el 4 de Setiembre del mismo año cuando vieron en Guadalajara acercarse como cien indios armados; Oñate, que no dormía, mandó luego á Francisco Delgadillo con un trozo de tropa á reconocerlos: luego que se acercaron se reconocieron como amigos, y uno de los indios expuso á Delgadillo cómo el cacique de Atemajac mandaba presos con ellos unos treinta indígenas que habian ido á seducirlo á nombre de los caciques que se fortalecian en Nochistlan y el Mixton, para que se fuese con ellos si queria defenderse de los males que le esperaban con la dominacion española. Oido esto por Delgadillo, acarició á los conductores, é incorporado con ellos condujeron á la presencia de Oñate á los reos. Esta division de ánimos que presenta el caso prueba con evidencia la debilidad humana y el carácter servil de algunos indígenas que cooperaron tanto como las armas españolas á su conquista.

A los dos dias mandó ahorcar Oñate á todos los reos y dió las gracias como merecia al cacique de Atemajac, por su celo y buena disposicion hácia los españoles. No podia dejar de irritar los ánimos de los indígenas disidentes este suceso; y el 27 del mismo mes se dejaron ver los

valles de Tlacotan y Mascuala llenos de guerreros que venian á tomar venganza de tantos agravios. Bien prevenidos los españoles para defenderse, salieron de la ciudad á recibirlos y este movimiento impelió á aquellos valientes á echarse ciegos sobre las trincheras. Fueron recibidos con una descarga general de cañon y fusiles, y ya se deja entender cuál seria el resultado. El autor de la historia inédita que tengo presente dice: que llegó á correr la sangre de los indígenas por las calles de la ciudad; que llegó á tanto la temeridad de algunos indios, que sin orden ni combinacion alguna asaltaban la plaza y eran así víctimas de su arrojo inconsiderado. Alguno de éstos murió á manos de una mujer que como otras, armada de puñal defendia la puerta de su casa.

Resistido vigorosamente el asalto y muertos cuantos se acercaron ó entraron á la ciudad, salió por todas direcciones la caballería haciendo mayores destrozos, hasta que se retiraron los indios; pero como prometieron volver y habian muerto algunos españoles, y á más demoraba el auxilio de México, quedó la ciudad en la mayor consternacion.

El siguiente dia del ataque fué el 28 de Setiembre, y á propuesta de Oñate y por unanimi-

dad de votos del Ayuntamiento y vecinos se juró por patron de la ciudad al Sr. San Miguel. Bajo sus auspicios se resolvió tambien trasladar la ciudad tercera vez al valle de Atemajac al punto ya de antemano reconocido, y aprobado por todos al efecto, por su amenidad y hallarse en medio de todos los pueblos más amigos y decididos por los castellanos. El mismo dia comenzaron los vecinos á trasladarse al llamado pueblo de Analco, dejando en Tlacotan solo la guarnicion competente para contener á los indios y observar sus movimientos.

*Destruccion de las fortalezas de los indios. se decide su suerte para siempre.*

Activó quanto pudo el virey D. Antonio Mendoza las providencias necesarias para formar un ejército capaz de contener la sublevacion general que en el Norte de N. Galicia habian promovido los cascanes y otras naciones. Salió en persona á fines del año de 1541 mandando el ejército que fué de treinta mil hombres; los más eran auxiliares mexicanos, tlascaltecas y tarascos, solo mil eran españoles, los más de caballería y los ménos de infantería y artillería: los víveres y municiones eran correspondientes á tan formidable ejército.

Sin el menor embarazo atravesó los territorios de México y Michoacan en sus límites, y al entrar á la N. Galicia por Coynan, que así se llamaba lo que ahora forma los partidos de la Piedad y de la Barca, encontró á los indios hechos fuertes en el cerro alto llamado Pajacuaran; que estaba cortado en varias partes con fuertes albaradas de piedra. Aquí se habian propuesto los valientes de Coynan y Cuiseo embarazar el paso al ejército mexicano; y si les fuera posible destruirlo. Les intimó el virey que se rindiesen y les perdonaria para que se retirasen á sus pueblos; su contestacion fué, la de que estaban resueltos á morir ó vencer.

Como á la vez se observase que no tenían agua en el fuerte, y que á horas excusadas bajaban varias partidas á subirla en cántaros de los bajos y del rio, se les fraguó por medio de los indios auxiliares la traicion más vil que se podia imaginar. A horas incómodas prepararon los sitiadores iguales partidas de indios con cántaros de agua del mismo rio que proveia á los del fuerte: ellos tuvieron aquellas tropas por suyas, y cuando ménos lo pensaron se encontraron dentro del fuerte con sus enemigos, estando ellos desprevenidos. Los auxiliares tirando los cántaros y armados de puñales, hicieron en sus